

Los secretos de la derecha española



GRACIANO PALOMO

# LA LARGA MARCHA

DE RAJOY A  
CASADO



# Índice

[Dedicatoria](#)

[Prólogo](#)

[1. Cuando el hombre de hielo rompió el vaso](#)

[2. La justicia, de cacería](#)

[3. Del Arahy al averno](#)

[4. Viaje sin retorno](#)

[5. La larga marcha de Zapatones](#)

[6. Del Olimpo a la nada](#)

[7. Con los bichos dentro](#)

[8. Aquel feliz muchacho de Husillos](#)

[9. Principio del fin: del medio al mensaje](#)

[10. De los cien días a la noche triste](#)

[11. La fortaleza, bajo asedio](#)

[12. Rumbo a Ítaca](#)

[Epílogo. El futuro como presente](#)

[Créditos](#)

*A Julia, en el deseo de que comprenda pronto que la vida es demasiado corta para transitar por ella con miedo y sin esperanza.*

Un ensayo-crónica de las características del que usted, amigo lector, tiene en sus manos conlleva mucho trabajo de campo, investigación, comprobación. Un libro de actualidad política donde se cita a miles de personas con nombres y apellidos, se reproducen centenares de hechos, sucedidos y anécdotas reveladoras, conlleva un esfuerzo ímprobo en busca de la verdad y la objetividad de lo que se relata.

De modo y manera que gracias a todos aquellos que han coadyuvado a ese ejercicio. Especialmente, a mis colegas Luis Balcarce, el mejor especialista español en medios; a Manuel Ortega, el hombre de la memoria infinita; a José Manuel Concejero, presto y dispuesto a echar una mano; a Laura y Guillermo Renilla; a Enrique García Agüera, entrañable en cualquier estación, y a todas aquellas fuentes generosas y cabales que no desean aparecer, porque somos un país sureño y en esta tierra desencuadrada todavía pervive, para nuestra desgracia, un ancestral y viejo espíritu cainita.

## 1

## CUANDO EL HOMBRE DE HIELO ROMPIÓ EL VASO

*En política lo importante no es tener razón, sino que se la den a uno.*

KONRAD ADENAUER

Madrid, 1 de junio de 2018, 10.15 horas, Congreso de los Diputados. El calor seco a esa hora de la mañana en la carrera de San Jerónimo, repleta de un público expectante, resulta agobiante. Los aledaños del Parlamento están al completo de público, con opiniones encontradas acerca de lo que va a ocurrir. Es la cuarta vez desde la instauración democrática que se presenta una moción de censura con un gobierno constituido sobre la legalidad constitucional.

Tras diversos parlamentos de Margarita Robles (PSOE) y Rafael Hernando (PP), Mariano Rajoy pide la palabra a su íntima amiga Ana Pastor, presidenta a la sazón de la Cámara Baja. Aparentemente sereno, su psique es un caos y su alma, una orgía de dolor intenso.

«Es un honor —no lo hay mayor— haber sido presidente del Gobierno de España. Ha sido un honor dejar una España mejor de la que encontré (aplausos). ¡Ojalá mi sustituto pueda decir lo mismo en su día; se lo deseo por el bien de España!».

Ni deseaba, ni creía que Pedro Sánchez pudiera mejorar un ápice su legado.

«Señorías, creo que he cumplido con el mandato fundamental de la política, que no es otro que mejorar la vida de las personas. Si alguien en esta Cámara o fuera de ella se hubiera sentido ofendido o perjudicado, le pido disculpas. Gracias a todos y de manera muy especial, a mi partido, sin el cual nada hubiera sido posible. (Aplausos). Gracias a todos los españoles por haberme brindado su com-

prensión y su apoyo. ¡Suerte a todos ustedes por el bien de España! Muchas gracias».

Fuerte ovación del Grupo Parlamentario Popular y del gobierno, puestos en pie.

«Muchas gracias, señor presidente. Se suspende la sesión y la votación se llevará a cabo a las once y un minuto».

Rajoy Brey, Santiago de Compostela (1955), baja la escalerilla que conduce a su escaño en el más puro *Mariano style*. Trata de controlar la emoción y no demostrar la procesión que va por dentro, transmitir frialdad como si la cosa no fuera con él; sin embargo, algo denota su abatimiento, su decepción profunda. Faltan escasos minutos para que deje de ser jefe del Gobierno, puesto con el que ni siquiera hubiera soñado jamás cuando se consumía las pupilas preparando sus oposiciones como el más aprovechado de los provincianos. Su ambición se limitaba a ser ministro.

«La vida es injusta», masculla para sus adentros. Mira hacia el tendido, el hemiciclo. «¡No creo merecer esto!».

A esa hora, tras la decisión del Euzkadi Buru Batzar (PNV), sabe que su suerte está echada. El poder que ha mantenido durante siete años se dirige, a toda velocidad, hacia los brazos de un adversario político al que desprecia por inconsistente y por no tener el menor sentido de Estado. ¡Le espera buena!

Todo se ha perdido. Se mesa la barba blanca, incrédulo ante lo sucedido en las vertiginosas veinticuatro horas anteriores. Acepta con el estoicismo que le adorna el devenir de la Historia. Ha sido el primer jefe de Gobierno apeado por una moción de censura colectiva desde la restauración democrática. «Pero, al fin, han sido la extrema izquierda y los independentistas-nacionalistas los que me han mandado al infierno. ¡No el pueblo!». Autoconsuelo marianista. ¡Se acabó el chollo! Expresión habitual en el presidente, que suele utilizar la ironía galaica.

180 diputados a favor (84 del PSOE, 67 de Podemos, 9 de ERC, 8 del PdCat), 5 del PNV, 4 de Compromís, 2 de Bil-

du y 1 Nueva Canarias), frente a 169 en contra (PP, Ciudadanos, UPN, Foro Asturias y la abstención de Ana Oramas, de Coalición Canaria).

Esta intrahistoria dentro de la Historia tiene su relato. Un acontecer jamás contado. Era la primera vez desde la restauración de la democracia, o sea en cuarenta y dos años, que un primer ministro en activo era arrojado por la ventana del palacio de la carrera de San Jerónimo. Un hecho que ha venido a cambiar el devenir de España y que no ha merecido una investigación profunda por parte de los grandes grupos de comunicación. Esta es la primera vez que un observador de la realidad política española se adentra en el averno de aquel inquietante verano de 2018, que puso el cuaderno de bitácora de un viejo y cuarteado país rumbo a lo desconocido. El mecanismo democrático que se activa en esos momentos concluye, dieciocho meses después y tras cuatro elecciones, en el primer gobierno de coalición desde el inicio de la Transición. Una ventura contemplada por la izquierda como la llegada a la tierra prometida; y vista por la otra mitad de España con «espanto», en clave de apocalipsis.

Mariano Rajoy había conseguido su segunda investidura —después de la repetición de elecciones— el 29 de octubre de 2016. Tras cuatro meses de negociaciones, PP, Ciudadanos, Coalición Canaria, Unión del Pueblo Navarro y Foro Asturias le dieron su apoyo. Lo sustancial es que parte del PSOE se abstuvo, no antes de que los barones socialistas arrojaran a las tinieblas exteriores al hasta entonces máximo líder: Pedro Sánchez, quien se había instalado en el «no es no». Un extraordinario batiburrillo de gran empanada política.

Los estrategias monclovitas y su máximo edecán áulico en aquellos momentos, Pedro Arriola, habían hecho creer a su jefe que su supervivencia dependía solo y exclusivamente de la economía, la creación de empleo y el crecimiento. Esa fue, en efecto, la gran obsesión de Mariano Rajoy des-

de que el 21 de diciembre de 2011 se convirtió en el sexto jefe de Gobierno del Reino de España. Su preocupación máxima, casi única hasta que estalló el órdago secesionista catalán, golpe del que no se recuperó nunca.

En otoño de 2016 se abre un nuevo horizonte político para el comandante en jefe del Partido Popular, en él tiene que negociar a diario con sus socios parlamentarios, fundamentalmente con Albert Rivera, personaje al que Rajoy detesta y al que agasaja en su fuero interno con tanto desprecio político y personal como antes a Rosa Díez (UPyD). Le considera un sin fuste, una veleta movida por cualquier viento, un ambicioso sin causa que no puede llegar a buen puerto.

Será una legislatura muy complicada. Mariano aprendió muy pronto el arte de la negociación, desde que era presidente de la Diputación de Pontevedra a los veinticinco años, pero le sacan de quicio las *paqueiradas* (chorradas, en galego).

### **Error de principiante**

La clave era la aprobación de los Presupuestos Generales para tirar con ellos hasta 2020, fecha electoral. Impartió orden al ministro Cristóbal Montoro —que se había convertido, con razón y razones, en la gran bestia negra de todo el centro derecha— de enfrentarse a los siempre pedigüeños nacionalistas vascos; le bastaron 500 millones extra (además del cupo).

Con ello comete un error de principiante que le pasará gran factura. Pese a los constantes requerimientos durante siete años del lendakari Urkullu, jamás le hizo transferencia de poder alguna. Especialmente, en lo referido a las competencias en materia penitenciaria (presos de ETA) y otras cuestiones de autogobierno, con las que los nacionalistas siempre se ponen muy pesados.

El resto lo hizo él mismo en sus conversaciones con el presidente del PNV, Andoni Ortúzar. A Rajoy le gustan los



«chicos del norte» siempre y cuando los tenga bajo control y no se echen al monte. Ya desde su etapa como ministro para las Administraciones Públicas (1996) hubo química entre ellos. Claro está hasta que Xabier Arzalluz y su monaguillo Eguibar decidieron ir al encuentro de Herri Batasuna y firmaron el llamado Pacto de Estella (Lizarra). Los consideraba gentes de orden y atildadas; cierto, es mejor tenerlos cerca, en la faja. De hecho, siempre venía a defenderlos de aquella manera cuando, dentro del PP, algunos de sus ministros ponían el grito en el cielo ante el descarado egoísmo y la pequeñez de sus miras.

—¡Bueno, hombre! Son como son... Llevémonos bien, coño. ¡También los necesitamos!

El acuerdo con los «vascos» se sustancia en la tarde del 23 de mayo de 2018. Rajoy había dejado para el Diario de Sesiones la inmortal frase: «Aitor, si quieres arar bien, Mariano te dejará el tractor». También hubo que torcer el brazo a Rivera, que exigía caviar para sus mesnadas. Al final, no le queda otra que pasar por el aro.

Esa noche el núcleo duro gubernamental ve el cielo abierto. Agotaremos la legislatura, habrá elecciones en el año 2020, antes habrá 20 millones de cotizantes en la Seguridad Social y volveremos a ganar. La economía empujaba con fuerza hacia arriba. Pedro Sánchez, que había dejado su utilitario para derrotar a Susana Díaz en la pugna socialista interna, había anunciado que «sin Presupuestos, elecciones».

«Hay Presupuestos, Pedrito. ¡Te toca esperar muchos años!», gritó exultante un diputado de la bancada popular cuando la presidenta del Congreso anunció el resultado de la votación. El gobierno popular tiene por delante veinticuatro meses de «gestión» en las cosas de comer (su fuerte político), y teóricamente tiempo más que suficiente para volver a ser hegemónico en España. Con 20 millones cotizando a la Seguridad Social, a ver quién es el majo que se atreve a echarnos un pulso.

Tras el acuerdo mayoritario del pleno de la Cámara Baja y la preceptiva conferencia de prensa en la que anuncia que convoca el Estado de la Nación de 2018, Mariano reúne, en el ampuloso salón reservado para el gobierno en el propio Congreso, a sus ministros y colaboradores más cercanos para celebrar tan fausto acontecimiento.

Pide un *whisky* de malta. ¡Lo que haga falta, señor presidente!

«¡Gran victoria, presidente!», gritó un exministro G-8, mientras le palmeaba la espalda. Fátima Báñez es la más jarcandosa, y su jefa, Soraya Sáenz de Santamaría, está que se sale. Tiene tiempo de llamar a su marido, José Iván Rosa, abogado del Estado en excedencia, al servicio ahora de Telefónica, para preguntarle por el niño y decirle que llegará tarde.

Tan orondo y prometedor futuro lleva al «círculo interior» gubernamental a celebrar la aprobación de los Presupuestos por todo lo alto. Rajoy, cuya pituitaria galaica olisqueaba maremoto, ordenó a su chófer enfilarse directo hacia el palacio de La Moncloa. Tenía informaciones confidenciales —bastante precisas— de que estaba a punto de conocerse la sentencia de la Audiencia Nacional sobre el caso Gürtel y que la misma iba a ser durísima. Gürtel y otros corrolarios de la corrupción del PP habían sido desde el año 2009 una pesadísima mochila que le abrumaba. ¡Y de qué manera!

«Luis, sé fuerte». Esta es la gran mochila de Rajoy, que le persigue sin piedad.

En la noche de ese miércoles 23 del florido mayo madrileño, con amenaza de tormenta, el presidente está exhausto. Elvira Fernández Balboa (Viri) y sus hijos, Mariano y Juan, le esperan para cenar. Soraya Sáenz de Santamaría, la ministra de Empleo y Seguridad Social, la onubense Fátima Báñez, el ministro Portavoz, Iñigo Méndez de Vigo, Cristóbal Montoro, que se retiró muy pronto pese a ser el gran triunfador, el portavoz parlamentario, Rafael Hernando, y el

jefe del Gabinete de la Presidencia, José Luis (Papi) Ayllón, en ese momento un personaje clave en el poder monclovita, deciden que la noche es joven y tampoco había habido muchas ocasiones para celebrar algo positivo. Abandonan el Congreso y se van hasta un restaurante cercano a picar algo y tomar unas copas. Horas de *gin-tonic* y rosas.

El jueves 24 de mayo amanece la comunidad periodística madrileña bajo un intenso runrún: Gürtel (Etapa I) está preparada y dispuesta a ser distribuida por la Sala de lo Penal de la Audiencia Nacional. Pocos minutos después de las diez de la mañana, la bomba estalla. Tiene efectos explosivos en sus 1.800 folios, sin unanimidad entre los tres magistrados. Dos son más que uno. El Partido Popular comete un error trágico para sus intereses políticos. No recusa a uno de los magistrados, que tiene al PP, y no lo oculta, como una de sus bichas negras.

Francisco Correa (Don Vito), cincuenta y un años; Luis Bárcenas, al que Rajoy elevó hasta la categoría de tesorero, treinta y tres años de prisión. Otros muchos exdirigentes fueron quemados sin piedad en la hoguera de su corrupción y detritus por José Ricardo de Prada, Julio de Diego y, en menor medida, por el que era el presidente y ponente, Ángel Hurtado, quien había quedado en impotente minoría dentro del Tribunal.

Lo más preocupante para el poder constituido es la conclusión a la que llegan los dos primeros magistrados: «El Partido Popular se financió ilegalmente mediante un sistema genuino y efectivo de corrupción institucional a través de la manipulación de la contratación pública central, autonómica y local». Y acto seguido consideran que Mariano Rajoy no había sido «veraz» en el testimonio que depuso durante el juicio en calidad de testigo.

La explosión sin control político tuvo efectos devastadores. De repente, todo el escenario institucional y de poder saltó hecho añicos. Los medios, con toda lógica, se lanzan en tromba en la valoración de la sentencia, hasta elevar

tanto la presión que la caldera tenía necesariamente que estallar. Y estalló.

Uno de los magistrados de la Sala, que ese día prefiere quedarse en su domicilio ante lo que intuye que se avecina, tiene sintonizados varios canales de televisión. Con estupor, confirma las sospechas que lleva rumiando largos meses. A los diez minutos de haber quedado liberada oficialmente la condena, contempla cómo en La Sexta aparece el exjuez Garzón. Este es uno de los canales del Grupo Atresmedia. Según cree todo el mundo en los cenáculos madrileños, el canal creado por los amigos político-mediáticos de José Luis Rodríguez Zapatero fue salvado de la quiebra y del cierre por la intervención de la vicepresidenta Sáenz de Santamaría. Pues bien, a los diez minutos exactos, aparece en pantalla, como en sus mejores tiempos de rutilante estrella mediática y con rictus de vencedor, Baltasar Garzón, expulsado de la carrera judicial por haber ordenado grabar las conversaciones de los abogados de los ahora condenados con sus clientes. Hoy saborea su venganza.

—¡No puede ser, no puede ser, no puede ser! —exclama el magistrado.

Su esposa le pregunta qué está pasando.

—Lo que me temía.

¿Qué es lo que se temía?

Hurtado es un profesional de la magistratura extraordinariamente meticuloso y enormemente prudente. Pero tiene amigos entre sus colegas y es humano. Como todos, necesita desahogarse.

La sentencia tiene 1.800 folios, pero Garzón, curiosamente, va justo al párrafo que le interesa para crucificar al PP. Al fin y a la postre, han sido ellos los que le han puesto la losa de «prevaricador». Se sabe que el protector de Dolores Delgado es un tipo listo, pero que vaya a husmear directo a un párrafo de siete líneas en más de 1.800 folios, es algo que tiene mérito. ¿Conocía de antemano la sentencia? ¿Se lo había comentado o pasado su amigo José Ricardo

de Prada? El sentido común lleva a concluir, y así lo considera también más de media docena de jueces y fiscales de la Audiencia Nacional consultados al respecto por el autor de esta obra, que cuando entra con García Ferreras, Garzón lleva la lección aprendida. «No puede entenderse de otra forma», sostiene un juez destinado en esa instancia y que forma parte de la moderada Asociación Francisco de Vitoria. El juez condenado se regocija con ese párrafo, que luego será utilizado profusamente por la izquierda, y con el hecho de que dos jueces sentenciadores consideren a Mariano Rajoy como un mentiroso sin «credibilidad». No hace salvedad alguna de que ello se produce con un voto discrepante.

«Aquí, hay gato encerrado... ¡Verde y con asas!», piensa el magistrado de la Audiencia Nacional cuando ve al ahora multimillonario abogado en la pantalla del canal de Atresmedia.

La perplejidad no impera solo en el remodelado edificio judicial de la calle Génova. También en la plata séptima de Génova 12, a cien metros del despacho donde se firma la sentencia y, naturalmente, en el complejo de La Moncloa.

El suflé político-social iba en aumento, hasta alcanzar su punto máximo al mediodía de ese miércoles, trágico para una formación que había estado quince años en el gobierno (ocho Aznar, siete Rajoy) y había acumulado un poder extraordinario en determinadas épocas de la reciente historia del país. El gobierno y el partido que le sustenta aparecen ante la opinión pública como juguetes rotos, inertes, flotando en medio del drama cuyas consecuencias se harán evidentes de forma inmediata.

En Génova 13, cuartel general de los populares desde 1980, la secretaria general ha ordenado silencio, mientras sus abogados hacen cabal lectura de una sentencia que preludia la llegada del tsunami devastador. Los teléfonos de los jefes autonómicos y provinciales no dejan de sonar

en la planta séptima, donde tiene el despacho María Dolores de Cospedal; solo atiende a los más conspicuos. Otros optan por localizar a Fernando Martínez Maíllo, el hombre de Mariano en el aparato, que pide calma y serenidad: «Son momentos muy jodidos».

A medida que avanza en la lectura de la sentencia, el cuerpo dirigente del PP entra en *shock*. Los ministros emudecen. En las siguientes horas solo Martínez Maíllo y Hernando van en busca de la bicha. El primero por obligación; el segundo, porque le va la marcha. El entorno presidencial decide que la respuesta mediática corresponde a Génova 13.

El presidente se atrinchera con su reducido estado mayor en el palacio de La Moncloa, como si del fortín de El Álamo se tratara. Rajoy es el único que parece pensar que aquello no va con él. «Sabíamos, por su rostro ausente, por sus tics acentuados, que estaba profundamente afectado, en un estado anímico extraño en una persona tan fría y serena... Quizá por vez primera desde que estábamos en el gobierno», recuerda una de las escasas personas que se encontraban en su despacho presidencial. Por indicación de Pedro Arriola, a la que se suma la secretaria de Estado para la Comunicación, Carmen Martínez Castro —la persona más cercana y de mayor confianza del matrimonio Rajoy—, se impone la tesis de que el jefe del Gobierno debe responder en su propio *Rajoy style*, esto es: silencio, resistencia, caparazón y a esperar que el temporal se vacíe. Era la táctica con la que había cosechado muchas victorias a lo largo de su dilatada carrera política de treinta y seis años. Es un superviviente nato, quien en esos momentos extraordinariamente difíciles no olvida el consejo que un día le diera su paisano Camilo José Cela: «Mariano, no te engañes, en este país quien resiste, gana». Estaba convencido en su fuero interno de que en esta nueva ocasión tampoco le iban a quebrar. Resistencia galaica, el mejor antídoto.

Los integrantes del «círculo interior» marianista se retiran cada uno a su despacho. El comandante en jefe, notoriamente deshilachado, no imparte orden expresa alguna acerca de cómo actuar. Silencio. Trinchera y casco de combate mientras cae intermitentemente la morterada, que va en aumento, y los populares, todavía con el poder en la mano, se ven del todo impotentes para desviar el fuego.

A lo más, autoriza a Martínez Castro que vehicule entre los medios, ávidos del parecer monclovita, la especie de que la «credibilidad» que dos jueces de la Audiencia Nacional le niegan, «la dan los votantes en las urnas».

Mariano Rajoy se queda a solas en su despacho, presidiendo por dos grandes banderas —de España y Europa—, con el jefe del Gabinete de la Presidencia, José Luis Ayllón, para ordenar la agenda del día. Solo atenderá las llamadas más urgentes que le llegan desde los «barones» del Partido Popular —Alberto Núñez Feijóo, Juan Vicente Herrera, María Dolores de Cospedal, que se ha trasladado urgentemente a Moncloa— y altos representantes de las instituciones, que desean saber de primera mano qué piensa el primer ejecutivo de la nación. Y, por supuesto, el ministro de Justicia, Rafael Catalá, que ha seguido con preocupación todo el proceso Gürtel y los avatares en la conformación del tribunal que lo juzga, con la inicial recusación por parte de la acusación particular (PSOE) de los magistrados Enrique López y Concepción Espejel por su proximidad al PP. Cosa que consiguieron, para colocar a José Ricardo de Prada y «un hombre de paja», Julio de Diego, según medios judiciales, muy influenciado y sometido a presiones exteriores. Será conocido como el «juez durmiente» por su afición a caer en manos de Morfeo durante las sesiones del juicio, como los documentos gráficos evidencian.

### **La podemita iracunda**

El presidente no puede apartar de su cabeza un suceso ocurrido dos días antes, el 22 de mayo, en la ciudad de Sa-